

pasiones virreales. Así vemos cruzar fugaz, a través de su evocación, la figura galante de la Perricholi, aquella por quien don Manuel de Amat, el gran virrey, andaba a gatas.

Morand no se limita a crear imágenes aladas, dar impresiones cinematográficas del paisaje y decir que este es el Continente del aire, cruzado por millares de especies de aves pintarrajeadas de colores inverosímiles, sino que logra penetrar en nuestra psicología de pueblo primitivo, y mal que nos desagrada, mide con exactitud nuestra poquedad imaginativa de eternos derrochadores de gobiernos y de soñadores incorregibles con un París erótico y bohemio.

«Desde los «tristes» (los «blues» de la América hispana) hasta los «saudades» del Brasil, en materia de música, el continente llora y añora. Los indios lloran al Inca con sus flautas que son tibias humanas perforadas; los negros de Brasil lloran al África (a pesar de que han salido ganando en el cambio); los elegantes de Palermo (digamos nosotros de la calle Huérfanos) lloran, a Picadilly, los intelectuales lloran a Moscú, las mujercitas lindas a París...» Para testimoniar esta impresión de Morand, citemos el caso de aquel mulato venezolano que jamás había salido de su terruño y que escribió un soneto titulado *Nostalgias del Triánón*.

En verdad, Morand penetra en nuestra psicología de indios tristes; y no oculta su admiración por el blanco (vale decir en este caso el yanqui). Al cruzar la Zona del Canal pudo distinguir claramente las dife-

rencias que hay entre los pueblos de origen español y los de origen sajón. Una calle separa a Colón de Cristóbal, como quien dice dos civilizaciones.

Morand no sólo se limita a constatar las diferencias que hay entre ambos Continentes, sino que supone al nuestro colonizado por los nórdicos, presentándolo como modelo de organización y progreso; y termina su construcción imaginativa con esta frase: «Todos los estados de América del Sur pagan sus deudas». Los franceses, tan gentiles y afables, que planean al parecer en regiones de arte y de poesía, nunca dejan de perder la visión de las realidades, sobre todo cuando se refieren a sus deudores... Pero ello no ha impedido que Paul Morand escribiera un hermoso libro sobre Indo-América.— *Milton Rossel*.

NOVELA

ANTE UN NUEVO QUIJOTE.

La traducción al francés y su edición por las escogidas prensas de la N. R. F., del libro de Jaroslav Hasek, «El bravo soldado Chveik» ponen a la vista del más exacto occidente europeo una obra que hasta hoy estuvo limitada por el conocimiento idiomático, a la Europa Central. (1)

Hasek, muerto joven hace unos años, era un bohemio en el doble sentido del vocablo: Bohemio de la Bohemia geográfica, comprendida

(1) Jaroslav Hasek. «*Le Brave Soldat Chveik*». Traduit par Henry Hobejsl. Nouvelle Revue Française. París.

hoy en Checoslovaquia, y de la otra bohemia, con minúscula, que dejó como residuo el Romanticismo, donde los artistas y escritores cifraban su independencia vital: descuido, despreocupación, desprecio. Todo negativo. El prefijo lo abona.

Su obra tuvo el éxito burgués, a pesar de su intención, que cabe a todas las obras de caricatura. Luego, más tarde, es cuando entrañándose por ellas, se descubre el sentido esotérico y se interpretan, por la minoría, a su antojo.

La acción de «El bravo soldado Chveik» data de la gran guerra. De cuando la Checoslovaquia no era más que una parte —con ansias de separación— del gran imperio Austrohúngaro. En todos los nacionalismos más o menos oprimidos hay siempre un elemento centralista, que contrasta con el ímpetu autónomo del país y que se basa en un idealismo de grandeza y unión fuera de lo racial, pero lleno de realidades. Este aspecto fué lo que pretendió criticar, duramente, el checo Jaroslav Hasek. Su héroe, soldado del Imperio, sueña con las grandezas. Vive para servir a la familia imperial, desde las trincheras. A él—vendedor de perros *camouflés*, como un gitano andaluz de burros retocados—se le aparece un ideal aprehensible desde el momento en que a pesar de su antigua inutilidad, es llamado a filas por falta de hombres mejores. Pero ese ideal se estrella contra las realidades que le rodean: Primero, que lo pongan al servicio de oficiales, transformándolo en camarero. Segundo: que le nieguen en las reta-

guardias la ocasión de distinguirse. Por último, que los castigos abrumen su expansión y la tronchen.

El libro se anuncia como un nuevo Quijote, como el Don Quijote checoslovaco. Nada más peligroso para un país naciente, que la resulta de la extensión en lectura del libro quijotesco.

El gran Quijote, don Alonso Quijano el Bueno, que literariamente llena un ciclo, no es tan satisfactorio en sus consecuencias sociales. La genialidad cervantina, como ahora la de Jaroslav Hasek, provienen del fastidio y el fracaso de ideales más altos. Si Cervantes hubiera seguido siendo el soldado de Lepanto y no hubiera vivido rodeado de incomodidad, privación y olvido, no hubiera escrito el Quijote de la manera que lo escribió. Nadie puede penetrar en ese derrotero de lo que pudo haber sido y no fué, pero las consecuencias quijotescas que llenaron a España, más que buenas, fueron perjudiciales. Las llaves que Costa quería echar al sepulcro del Cid, habría que echarlas hoy (en esta nueva España que se fragua) al Quijote. Nada más que literatura. Como libro de observación, extraordinario. Más como libro de enseñanza, perjudicial. Ya lo notó Lope de Vega. Y en 1905, Maeztu, mucho antes de ser sospechoso de su transición actual, consideró el Quijote como un libro impropio para los niños de las escuelas españolas.

En cualquier otro país—como Checoslovaquia— el Quijotismo podría traer las mismas secuelas desilusionantes. Hay que darse

cuenta que el quijotismo (y el donjuanismo) también, no son más que experimentos inimitables. La sed donjuanista de nuestros abuelos, ha decaído hasta que el nuevo Don Juan sueña con ser pelicularo, estrellado. La secuela del Quijote, trae aparejada una desilusión emprendedora que mata.

Por eso, ante la obra de Hasek, (cuyo protagonista, para mí tiene mucho de Sancho Panza) el peligro de estrellarse contra molinos de viento, tomándolos por gigantes, recrudence la idea sonámbula del falso caballero andante.

Bien está transportada, hoy día, a la Europa Central, la psicología empañada del Caballero de la Triste Figura. Allá ellos y su experiencia. Pero en la España de hoy, el Quijote sobra como enseñanza. Hay que resucitar otra cosa: Quizás el sentido calderoniano de la vida. O tal vez el sentido primitivo, puro y radical, incontaminado, de tradición, casi aborigen, que Azaña, con su fino sentido de gobierno, quiere resucitar.

Y lo que se dice para España se dice para países de tradición hispánica. La herencia de Colón, desde el momento que fué una reali-

dad, dejó de ser quijotesca. Recientemente ha salido la edición española del «Cristóbal Colón, Quijote del Océano», de Jakob Wassermann, el autor de «El caso Maurizius»—Colón pudo ser quijotesco hasta que se metió en la carabela. Desde aquel momento, al no tomar por islas las nubes, dejó de serlo. Por eso la obra de Wassermann debía reducirse en los últimos capítulos. Desde que el Almirante desembarca, y pisa, con talón recio, tierra firme. Hasta ahí el Quijote.

Lo que dejó este navegante de herencia de realidades, se llenó después, entre otras cosas de Quijotismo. Pero mucho después, como España.

Ahora los tiempos son otros. Ni aun en Checoeslovaquia debe cuajar más que como probeta de experimentación, el sentido vital del soldado Chveik.

El único Quijote actual, simpático y triste, admirable, es Carlos Chaplín en sus producciones. No creo que de estos films se vaya a sacar un sistema social. Solamente pudiera salir de ellos—porque son magníficos—una idea de arte. De arte desligado, sencillo. Nunca otra cosa.—*José María Souviron.*